LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII. Murcia 12 de Mayo de 1895. Núm. 264.

SUSCRIPCION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Dos cosas tan solo ocupan nuestra mente: los toros y la elección de concejales.

Hay algunos de estos que en tal de empuñar la «vara concejil», les importaria un bledo el que los *corriesen* y les pusiesen banderillas de fuego.

Y en verdad que algunos concejales, futuros, darían más juego en la plaza de toros, que en la *plaza* de sesiones.

Pero la política, *que no tiene entrañas*, exige que cada cual desempeñe lo contrario que debía desempeñar.

Algunos podrian hacer un buen par de zapatos, ó una peluca artística, pero nunca llegar á ser un buen representante del pueblo.

Por lo tanto, podemos asegurar, que habrá concejales *corridos* y *embolados*.

* * *

—Desengáñate, Nicolasa; con dinero todo se consigue. Me he propuesto administrar los intereses del pueblo, y si ahora me gasto cuatro cuartos para que me elijan, ya entrará el desquite. Nuestra calle se adoquinará, y la casa que tenemos en la plaza de Santa Tecla, es necesario derribarla, pues hay que ir mejorando la población poquito á poco, y de este modo cobraré doble de lo que vale, pues nos entenderemos cuatro *amigos*, que son capaces de tragarse el Malecón, con león y *too*.

—Vee Angelito, que sabes donde te aprieta el zapato.

—No, hija, no me aprieta; ambas botas están en mal estado y no pueden apretarme, pero te aseguro que al segundo dia de ir al Ayuntamiento... me apretarán.

* * *

Ahora vamos á hablar de toros, porque á los señores elejibles los hemos dejado en el *corral*.

La corrida que se celebró el anterior domingo, fué bastante buena, y como esto lo saben los lectores de LA JUVENTUD LITERARIA, nos abstenemos de hacer reseña.

La que se verificará esta tarde vá á ser de primera.

Los toros son de esos que le dicen de tu al embajador de Marruecos.

Sidi Brhisa es un morito muy campechano, que le agrada el tutearse con los cuernos.

De manera, que los toros que se lidiarán hoy en nuestro gran circo taurino son..... *Brhisamarruequeños.*

* * *

La compañia que actúa en el bonito y elegante teatro Circo, se vé más favorecida que en las primeras noches de su reaparición.

«La Gran Via» está gustando mucho y dará dinero, pues desde hace mucho tiempo no se ha representado en Murcia.

Los *ratas*, el coro de marineros y casi todos los números de música, merecen los honores de la repetición.

—

En la próxima semana se representarán las zarzuelas de nuestros queridos amigos, Joaquin Arques y Enrique Gallego, tituladas: «El mono sábio» y «El asistente Zaragata», con música, ambas, del maestro Gascón.

Auguramos un éxito á las citadas obras.

* * *

La caridad desplegada en favor de las víctimas del «Reina Regente», nos preocupa tanto, que quisièramos produjera mucho dinero á las familias de las mismas.

Hace noches, sugestionados por esa idea, nos dormimos y soñamos que Murcia, que tanto tiene que agradecer á la caridad universal en su inolvidable hecatombe de 1879, había proyectado dar una corrida suigéneris, y nuestra ilusión fué tan completa, que vimos y leimos el programa de la fiesta, en el que figuraba la siguiente cuadrilla:

ESPADAS:

Gabriel Baleriola *(Groso)*.
José Martinez Tornel *(Presbítero)*.

SOBRESALIENTE:

Felipe Blanco de Ibañez *(Marmitón)*, con obligación de dar el salto de la garrocha.

PICADORES:

Francisco Bautista Monserrat *(Lentes)*.
Joaquin Arques *(Chato)*.

RESERVA:

Mariano Marín García *(Semifusa)*.

BANDERILLEROS:

José Frutos Baeza *(Malmira)*.
Mariano Perní García *(Timbalero)*.
Antonio Pérez Rodriguez *(Descabello)*.
José Tolosa Hernandez *(Chiquito)*.
Antonio Martinez Murcia *(Húngaro)*.
Ramón Blanco Rojo *(Arco iris)*.

PUNTILLEROS:

Mateo de Hoyos *(Seguidillas)*.
Ernesto de Vilches *(Majarrana)*.

MONOS SÁBIOS:

Francisco Roger *(Paquiro)*.
Antonio Pérez Pimentel *(Trilingüe)*.
Manuel Acedo *(Gordito)*.

MULILLEROS:

Varios colaboradores de la prensa murciana.

Y en esto nos despertó la doméstica para tomar el chocolate.

Comprendimos que todo era un sueño.

Si éste se realizara, y los toreros soñados llevaran á la practica nuestro sueño, se aumentaria con su espectación los donativos que España toda, ofrece á las familias de los náufragos inolvidables.

Nosotros deseariamos se hiciera algo en favor de aquellas, bien toreando, cantando ó bailando, pues como dijo el poeta:

. . . . . .
todos los medios son buenos
para conseguir el fin.

El fin de nuestro pensamiento lo inspira la santa caridad, que es la providencia de los que sufren en los antros del infortunio.

Dispensen nuestros amigos, los toreros anunciados, y tomen nota de lo que escribimos.

Terminamos el Palique y esperamos que Murcia y sus hijos no olvidarán á las familias de sus infortunados hermanos los cartageneros.

Ramón Blanco

RIMA

¡Qué bella era Isabel! yo la adoraba
lo mismo que á mi madre;
ella me amaba, pero un día me dijo:
«vete de aquí, no quiero que me ames».

—

¿Por qué no te he de amar?—Es tontería,
¡te quiero tanto! dijo;
pues por eso mujer, porque me quieres
y amarte y que me ames solo ansío.

—

En vano fué insistir, ella llorando
de mi se despidió
y ¡adios! me dijo, y repitió la frase
y por tercera vez me dijo: ¡adios!

—

Pasó algun tiempo, yo no la olvidaba,
no la podía olvidar,
y al preguntar por elle, me dijeron:
«Isabel falleció en un hospital.»

—

Las causas me contaron... ¡deshonrada
en una tumba yace!...
con razón Isabel, siempre llorando
me repetía en la reja: «no me ames».

Sebastian Jodar.

El depósito de cadáveres. (1)

¿Por qué entraría yo aquella vez en el depósito de cadáveres del Hospital de Caridad?

Ni nadie me lo aconsejó, ni yo mismo puedo darme cuenta de cómo conociendo yo mi constitución nerviosa é impresionable me atreví á entrar en él.

El caso es que el Hospital de Caridad aparecía resplandeciente por doquiera: grandes y ventilados dormitorios: alegres patios cuajados de flores: modernos aparatos quirúrgicos: excelente asistencia: socorrida cocina... en fin, todo bueno á primera vista: todo aseado, en condiciones para lo que estaba destinado.

Pero ¡ay! así como las cristalinas aguas de apacible lago ocultan en su fondo, corrompido cieno y el angélico rostro de divina mujer encierra liviano corazón, así suponía yo que en aquel hospital habia algo repulsivo y terrible como en todos los hospitales.

Y no me equivoqué por suerte mia; si, por suerte mia, porque yo contemplo los horribles espectáculos que á otros horrorizan con delectación y como si mi extraordinario sistema nervioso se hubiera hecho para esta clase de emociones.

Al final de un oscuro pasadizo, amueblado con cuatro ó cinco camillas para conducir enfermos y heridos; camillas cuyos pestilentes jergones y almohadas, denuncian su antigüedad, ví una puerta entornada: entré en aquella habitación alumbrada por débil lamparilla que al exparcirse por la sala amortiguaba de tal modo sus destellos, que necesité un gran rato para distinguir los objetos que en ella había.

Vaís á saber qué objetos eran: en primer término ví un pobre altar, sucio, destartalado, con dos velas apagadas y enfrente... enfrente ví una leja con cuatro tableros y en dos de ellos dos bultos ¡dos cadáveres! ¡dos hombres muertos!

Pues todavía quise fijarme más y encendí las velas del altar para distinguir mejor.

El del tablero de arriba era un hombre viejo; barba poblada é inculta; tez arrugada; los ojos... ¡oh! los ojos los tenía desmesuradamente abiertos, en blanco: como si cansados de mirar al cielo se hubieran vuelto en su agonía al cerebro para que cayendo en ellos el último átomo de existencia sondear por la postrera vez el espacio que Dios le destinaba.

Tambien tenía la boca abierta y tentado estuve de pegar la mia con la suya y enviarle el aire que yo respiraba; pero era ya tarde.

Cubría su cuerpo el sayal ordinario en los hospitales y presentaba la figura más repulsiva que pudo jamás haberse soñado: rigidez cadavérica; amarillas las plantas de los piés; el cabello en desórden: ojos y boca abiertos y por último el vientre hinchado y las manos crispadas.

¡Las manos crispadas! Esto me hizo reflexionar y casi apareció ante mis ojos su agonía que no presenciè por desgracia.

(1) Del libro «Narraciones extraordinarias» próximo á publicarse.